

Nº 522
19
Octubre
2021
Martes



Poetas en acción

Enrique del Pino

El otro día asistí a un acto organizado por el partido político Vox, del que deseo hablar. Llegué tarde, pues ya estaba empezado, pero me quedé hasta el final. Lo que vi no fue nada especialmente interesante como para pensar que ahí se acababa el mundo, pero sí suficiente para hacer reflexiones, algunas, sobre estas cosas. Por ejemplo, tuve la ocurrencia de comprobar que de ese acto no se hacía eco ninguna otra cadena que no fuera la del Gato. Después, al día siguiente, sí. Algo ha pasado para que las pringadas de turno, sobre todo la «Secta», hayan montado un chiringuito a toro pasado.

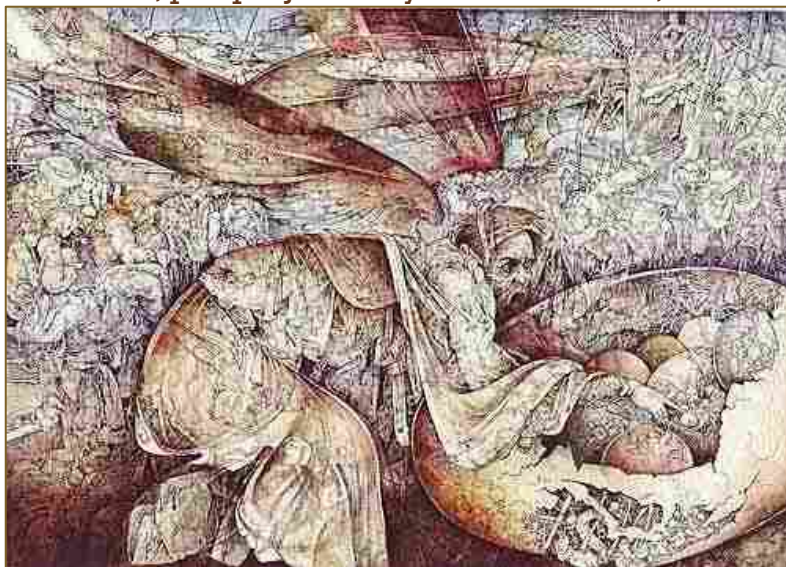


Hay que quedar bien, pues al fin y al cabo Vox es la tercera fuerza nacional en número de votos y, por lo que se oye, ya son menos voces las que se alzan tildándolos de extrema derecha. Ahora no, algunos lo dicen, ahora es el partido que disputa al PP la bandera para relevar a los sociocomunistas, que ya conocemos y probablemente en vías de pasar al burladero, que detentan el Poder. Pero esto formaba parte de la escenografía. Había otros hilos que convenía enhebrar.

Por ejemplo, el mensaje. Por supuesto que Vox ha decidido, ya sin tiquismiquis, lanzarse a la conquista de la hegemonía. Bien saben sus dirigentes la

dificultad del paso, no solo por la fuerza de la implantación del partido PP, años atrás experimentado en la gobernación del país, desde luego con el concurso de fuerzas hoy claramente antiespañolas (con sus correspondientes influencias y sinecuras, todo ello regado con sueldos suculentos), sino por la mala prensa que desde el principio le salió, desde la plaza de toros originaria. Pero han elegido el riesgo. Y el riesgo es quizá una de las más valientes reglas que existen para conseguir algo valioso. Lo que ocurra, se verá. No voy a caer en la frívola estupidez de aventurar resultados, pero sí puedo detectar algunas notas que suenan en la melodía que me han parecido salidas de instrumentos entrañables, por ejemplo, las gaitas, las cítaras, los tamboriles y las flautas. Y también las liras, por qué no. Porque todo ello, reunido y en concurso, me han traído a mi apacible salón una dulce música que no se acostumbra a ver en estos tiempos de televisión y aparatos del pulgar, quiero decir de maléfica progresía. Pero dejaré esto para momentos más vulgares.

Hoy toca, creo yo, hablar de España. Y España ha sido el monocorde ingrediente que se ha oído en IFEMA. España en sus cantos, en sus bailes, en sus tradiciones, en sus costumbres, en sus idas y venidas, en su ser, tal vez difundidas por una televisión sin recursos, pobre y mal entrenada, que no sabe enfocar ni dispone de medios adecuados y que para salir de ese infierno no para de pedir pasta a quienquiera la ve. Pero es la única, por ahora. Pues bien, en la transmisión de esos mensajes latía un sabor distinto, que, permítaseme decirlo, a mí me pareció poético. Yo entendí que al sonar una jota se me partía el corazón, porque jota era y es una cosa mía, lo mismo que una sardana o una



muñeira. Y porque lo sentí de esta manera no pude retraerme y comprendí que esa gente, los de Vox y allegados, eran hombres y mujeres que desenterraban un poco, nada menos que un poco, del sabor de España, tanto tiempo sometido a la incuria y el despropósito. Pereda hubiera dicho el sabor de la tierra. Yo no tengo necesi-

dad de tanto. Me conformo con oír esas músicas y pensar en los poetas de mi tiempo, que son los de siempre. Pero son poetas.

Pero los de Vox tienen que pensar en los riesgos. La política es mala bruja, que acomete con su escoba cuando menos te lo esperas. Además, a los poetas se les asesina de vez en cuando, lo mismo en un cuartel de Madrid, en un barranco de Granada o en una cárcel de Alicante. Lo que pasa es que los que cometen esos crímenes acaban con la gente, pero nunca con la Poesía, que sobrenada la espuma del mal. Porque este es un oficio que lo mismo destruye

que promete, ya se dijo, pero que desde el rincón que ocupamos elegimos lo segundo, que siempre apunta a un paraíso cuajado de luz.

Sí, he visto, con alguna sorpresa, que las televisiones rojas –rojas por naturaleza– han dado unos minutos de «audiencia» a la barbaridad de IFEMA, entre el sonrojante tratamiento que dan al volcán y a la epidemia, y también al atraco electromagnético del recibo de la luz, pero no hay que darle muchas vueltas: son unas pringadas, desde la uno a las seis. Para nuestro uso, es decir para los espíritus críticos con una España que se deshilacha, ver a los nuevos poetas cantando a España en un escenario de paz, es un gol por toda la escuadra. Lo demás, ya se verá.

* * *

«Cuando se mata a Dios, lo que surgen son muchos diosecillos»

José María Sánchez Galera (*El Debate*)

Segunda jornada de Encuentro Madrid

La segunda jornada de *Encuentro Madrid 2021* ha incluido un coloquio entre dos jóvenes escritores: Ana Iris Simón (30 años y madre), reconocida gracias a su libro *Feria*, y el consultor político Antonio García Maldonado (38 años y padre), que también ha publicado un título acerca de la encrucijada de nuestra época, *El final de la aventura*. Su charla, bajo el rótulo «Aquellos que moran entre las bellezas y misterios de la tierra nunca están solos» –cita extraída del libro de Rachel Carson *El sentido del asombro*–, y dentro del lema de las jornadas «Más allá del optimismo, la esperanza», desarrolló temas muy cercanos a las inquietudes de las nuevas generaciones que se ven incapaces de encontrar un rumbo y un horizonte, zarandeadas por los excesos del liberalismo y del progresismo. Nuevas generaciones –y también las menos nuevas– azoradas por un tiempo que mezcla gigantescos avances

con incertidumbres sistémicas.

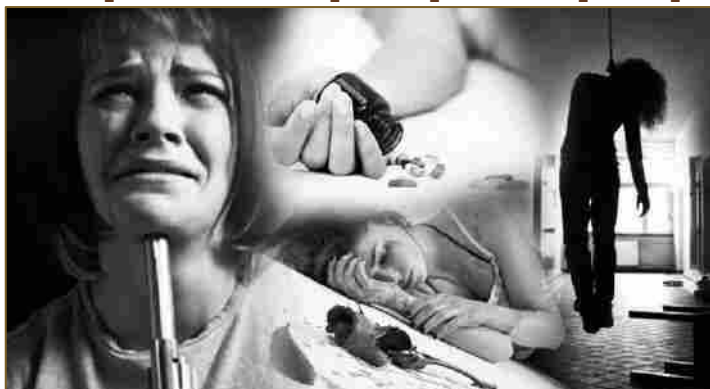
El diálogo comenzó con una muestra de complicidad, cuando la presentadora Elena Santa María recordó que Maldonado había



escrito discursos para el presidente Sánchez en su primer año en el cargo, y que Ana Iris había participado, precisamente, aunque hace pocos meses, en un evento en La Moncloa. La escritora y columnista de *El País* comentó: «Yo reviento los discursos que él escribe», dijo, divertida, la autora de *Feria* que señaló que hoy la paternidad se retrasa por todo tipo de motivos e incluso excusas; «nuestra generación retrasa la paternidad porque dice: “¡Voy a esperar a cuando tenga un contrato indefinido, a cuando tenga casa!”», pero nun-

ca vamos a tener casa, se trata de certezas nunca se va a dar, y que nuestros padres no necesitaron».

Maldonado respondió con halagos a Ana Iris, admitiendo que para él era un gran placer conocerla, pues se había quedado encantado al leer su libro; «es una de las pocas personas que ha conseguido que se abra un debate que se pueda llamar así y sobre temas que importan». A continuación, disertó sobre los efectos nocivos de la tecnología, señalando que guardan relación con el hecho de que el suicidio es la principal causa de muerte de quienes tienen entre 15 y 29 años, debido al aislamiento que generan. Citando a Ortega, dijo que «lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa». Asegura que la sociedad está enfocada en artilugios cada vez más refinados, pero que carecemos de «fines a la altura de estos artilugios». Según Maldonado, «nos proporcionan un placer inmediato, y nos entregamos a un ocio desenfrenado en la búsqueda de ese tipo de placeres, pero que al mismo tiempo nos dejan



insatisfechos». Por eso, no ve incompatibilidad en el auge del ocio y de la insatisfacción.

Esa ausencia de fines implica, en su opinión, que no haya proyecto, ni trascendencia. Para explicarlo, empleó el símil de la persona desnortada a la que le toca la lotería: «acaba

más arruinada, más triste, más deprimida que antes». De modo que somos como una sociedad agraciada con la lotería, pero derrochadora; y ese derroche nos genera mayor infelicidad. En este sentido, se refirió a la idea de la muerte de Dios, que da lugar a una vida insatisfactoria, sin puntos de referencia e individualista, pues «faltan los relatos colectivos». «Somos la generación que menos cosas hacemos juntos en toda la historia, aunque parezca contraintuitivo, pues estamos todo el día en redes sociales», apuntó. Para reforzar esta idea citó al sociólogo Robert Putnam, uno de cuyos libros se titula *Solos en la bolera*, porque cada vez participamos en menos actividades grupales, incluyendo algo tan adecuado para una reunión de amigos como jugar a los bolos. Mencionando a Aristóteles, apuntó una continuidad antropológica: «somos como un ejército en desbandada que va sin ton ni son, sin saber ni siquiera dónde está su enemigo».

Iglesia vaciada y sindicatos sin afiliados

Retomó la palabra Ana Iris Simón para advertir que ahora se está cuestionando el relato del progreso, precisamente porque no hay vínculos comunes, y se vive en la ausencia de conexiones religiosas y, por lo tanto, trascendentes. En este sentido, dijo que «las iglesias se han vaciado y también eso implica que la gente no se afilie a los sindicatos». A la postre, el individualismo arrasa con todo y nos incapacita para sentirnos parte activa de una comunidad. Lo explicó con detalle, recordando cómo, durante las protestas del 15M, ella era una chica de izquierdas que echaba toda la culpa a los deno-

minados «fondos buitres». «Pero mi madre, aunque reconocía que estaban bien nuestras quejas, me decía que también era una crisis de valores, y ahora le doy la razón a mi madre; seguimos sin casa, sin curro, no vamos a tener pensión, pero también es una crisis de valores, de poca tolerancia a la frustración, de haber abandonado la búsqueda de sentido», cuenta.

Enlazando con las palabras de Maldonado, Ana Iris piensa que «cuando se mata a Dios, lo que surge son muchos diosillos: el diosillo consumo, el diosillo gimnasio, cuando nos obsesionamos, el diosillo de las religiones de sustitución, como la astrología, el diosillo redes sociales...».

Nuevamente en su turno de palabra, Maldonado criticó otro de los mantras actuales: «el innovar por innovar, lo que nos lleva a que no podamos parar y



descansar, y a que no podamos pensar». El descentre, casi deliberado, que ello provoca resulta palmario gracias a una visión privilegiada que le proporciona su procedencia de una familia de farmacéuticos: cuando su abuelo atendía la farmacia, dispensaba un ansiolítico al mes; ahora su hermano despacha cientos cada día.

Según Maldonado, la incertidumbre es algo intrínseco a la vida, «pero hoy en día está alimentada e incentivada por el sistema y el pensamiento económico, para que creamos que es algo bueno, que es algo que motiva la productividad». Advierte, eso sí, del otro extremo: «cuando se han intentado eliminar todas las incertidumbres, se ha caído en el gulag o en los campos de exterminio». Sintetiza: «nuestra generación ha de admitir que el ritmo y el rumbo son equivocados». Sin embargo, se añade una dificultad más, pues «hay un malestar y el problema es que todo se reduce a etiquetas fáciles que niegan el debate y el pararse a pensar», en referencia a las reacciones rápidas que intentan acallar las voces de quienes, desde fuera del sistema, denuncian sus grietas e injusticias. Como remedio, «hay que recuperar ideas y conceptos de comunidad y de familia frente al exceso de individualismo, volver a lo colectivo, porque nos falta sentido colectivo».

La familia no es un mero bote salvavidas

Ana Iris, al recordar la casa de su padre, dice: «yo no quiero ser adolescente con treinta años». Según ella, todos necesitamos una madre, todos venimos de una madre, no somos individuos aislados, sino que necesitamos una comunidad compartida. Narró su «caída del caballo», que «se produjo al darme cuenta de que yo pensaba que, haciendo cosas como vivir en Malasaña, creía que hacía lo que me daba la gana, pero eso era lo que había que hacer, no lo que yo quería». Admite que, de más joven, veía a sus padres como dogmáticos, aferrados a unos comportamientos y modos de desenvolverse pétreos, y añade que, en realidad, ella misma también era, en otro sentido, dogmática y moralista. La autora de *Feria* critica la «soberbia de nuestra generación de pensar que estamos fundando la historia, y que podemos abolir todo

lo anterior y pensar que los que van a venir después no van a abolir nada de lo nuestro y no van a cuestionar nada nuestro, ni van a pedirnos cuentas».

En su opinión, la izquierda ha cometido el error de intentar derribar la familia, de intentar deconstruirla. Para defender la familia, ella la define como «la primera comunidad de sentido». Ana Iris Simón cree que sí existe una norma general sobre qué es una familia, y que el problema de los conservadores estriba en que sólo se atienen a la familia normativa y «canónica», mientras que el progresismo lo que quiere, básicamente, es atacar esa misma familia normativa y ensalzar las alternativas. Según ella, «la familia es la primera comunidad en que se cumple la lógica marxista del



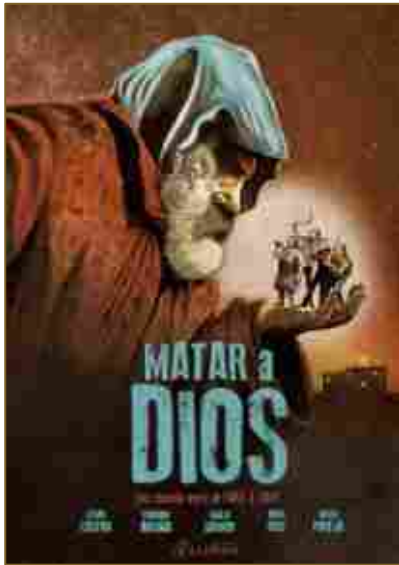
a cada cual según sus necesidades y a cada cual según sus capacidades». De modo que la familia es la dispensadora de «la solidaridad primera». Ana Iris entiende que la recuperación de la familia ha de hacerse porque es buena

en sí misma, «no sólo debido al fracaso del Estado, pues la familia no es un mero bote salvavidas».

En consonancia con Maldonado, la escritora piensa que el mito de la flexibilidad genera una falta de asideros que, al mismo tiempo, «te vende que eso precisamente es lo que te va a motivar a ser más productivo, cuando en realidad lo que hace es desincentivar a que encuentres sentido; el sistema de nuestra generación nos infantiliza». Además de la falta de esperanza de muchos jóvenes de encontrar casa o formar una familia, puso el ejemplo de un amigo suyo que dice que no dispone ni de dinero para invitar a cenar a una chica o llevarla al cine, de modo que ni siquiera tiene la aspiración de una novia. Así, la ausencia de perspectivas básicas puede conducir al nihilismo. Frente a esta situación, Ana Iris dice que «la muerte y el nacimiento son revelaciones en medio del Matrix en que vivimos, porque vivimos de espaldas a la realidad biológica; por tanto, la muerte y el nacimiento nos reconcilian con la realidad y con la comunidad».

Maldonado, ahondando en los problemas que provoca una economía del cambio constante, asegura que el trabajo genera identidad, y que un oficio y un trabajo estables refuerzan esa identidad, tanto individual como colectiva. Sin embargo, la tendencia actual a cambiar constantemente de trabajo e incluso de profesión acaba provocando una pérdida de referencias personales, de identidad y de comunidades. En consecuencia, «hoy en día todo esto se desmorona». Lo ilustra con el ejemplo de algunos de sus alumnos de máster; llegan a estudiar incluso seis másteres debido a que están instalados en la filosofía del reciclaje continuo, expresión («reciclaje») que, aplicada a un ser humano, le resulta terrible. De modo que nos topamos ante una paradoja: por una parte, «pedir dinero a los padres para la entrada del primer piso cuando

ya se tienen cuarenta años»; por otra parte, «amigos que son incapaces de ver una película de dos horas, porque no conciben estar tanto tiempo sin ser productivos, sin hacer algo de trabajo».



Este consultor malagueño –que desea volver a echar raíces en su tierra– coincide con Ana Iris en la apertura a la esperanza, a la salida de este embrollo, que pasa por la transformación profunda que supone la mera paternidad y maternidad. «A mí la idea de trascendencia me la aporta mi hijo; yo no exagero cuando digo que, si a mí me preguntan: “¿En qué circunstancias tú te irías feliz a la muerte?”, respondo que, si a mí me dicen que mi hijo vive si yo muero, me voy feliz», dice Maldonado. Por su parte, Ana Iris Simón, ahora que es madre, observa todo de otro modo, empezando por su propia madre, e incluso la figura de la Virgen María, como hace poco comprendió en una misa para niños. De esta forma, frente a los anhelos o sueños trans-

humanistas de alcanzar «la muerte de la muerte», y frente a unos conocimientos científicos cada vez más sólidos, sigue surgiendo «el misterio como esperanza», la capacidad de sorpresa, según opina García Maldonado. A lo que Ana Iris añade que, frente al desencantamiento del mundo y su extrema racionalización, la esperanza consiste en regresar a lo sagrado, en volver a encontrarle sentido y encanto al mundo, a través de Dios o de la familia.

* * *

El principal partido del Gobierno de España, el Partido Socialista Obrero Español, no ha exhibido una sola bandera nacional en el gran acto de cierre de su 40^º Congreso.

Pese a que Pedro Sánchez se ha jactado en su discurso de que el PSOE es «el partido que más se parece a España». «Si hay un partido que ama España es el PSOE», ha insistido, y a renglón seguido ha apostado por el «diálogo y la concordia» con los independentistas.

* * *

Los PGE y Los Porsupuestos Particulares de Sánchez

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

A los Presupuestos Generales del Estado para 2022 (PGE2022) que María Jesús Montero presentó el miércoles en el Congreso habría que llamarlos, en puridad, los Porsupuestos Particulares de Sánchez (PPS) o el dinero que, Por Supuesto, el Gobierno de PSOE y Podemos va a seguir entregando a separatistas, bildutarras y nacionalistas del PNV a cambio del

respaldo personal a Pedro Sánchez en el Parlamento. Desde un punto de vista técnico, el libro amarillo de Marisú Montero es un rompecabezas de casi 500 páginas del que ni el más esclarecido premio Nobel sería capaz de extraer un análisis coherente y lógico, comparativo, porque todo parece hecho precisamente para que quien lo intente se estampille contra la ausente lógica de un discurso trufado de eslóganes políticos («la transversalidad de los impuestos con las políticas de género», «el Gobierno que más invierte en la historia de España en los jóvenes», «el objetivo puesto en lograr una democracia justa»), de olvidos tan intencionados como ominosos y de groseras contradicciones que convierten el conjunto en un brindis al sol, el sueño imposible de un presidente al que le importa un pimiento el rigor presupuestario y que consiente que la tropa podemita, en particular esa Yolanda de diseño que nos quieren vender como esclarecida heroína, meta su zarpa



en las cuentas del Reino, porque él ya se da por satisfecho con poder pagar las letras que sus socios le presentan a cobro a cambio de mantenerlo en el poder.

Desde un punto de vista técnico, los Por Supuestos Particulares de Sánchez hacen agua por los cuatro costados, porque están contruidos sobre un cuadro macro irreal que estima un crecimiento del PIB para el año próximo del 7%, un guarismo que el FMI acaba de reducir al 6,4% y que el consenso de los analistas (media de Funcas) sitúa en casi un punto menos, el 6,1% para ser exactos. Y si se crece menos, el edificio de los ingresos fiscales, asunto clave para poder gastar

(lo único que interesa al señorito) se desmorona con estrépito convirtiendo el resto de estimaciones en papel mojado. Difícil de comprender resulta que los autores del mamotreto estimen un precio del petróleo en los 60,4 dólares barril cuando el mercado está fijando su suelo en torno a los 70 dólares, cifra que algunos elevan, para nuestra desgracia, hasta los 80 dólares. Y es de sobra sabido que un aumento de 10 dólares en el precio del crudo se traduce en un recorte de 1 punto de PIB. Y otro tanto ocurre con el comportamiento estimado de los tipos de interés, en un momento en que todas las expectativas apuntan a su alza.

En realidad, parece que Marisú y su equipo han elaborado unos PGE a la medida del jefe de la banda por el método de hacer las cuentas al revés, partiendo de la pregunta fundamental para todo Gobierno de izquierda populista que se precie: ¿Cuánto quiero gastar...? Pues bien, si quiero que el gasto público sea «z», la economía me tiene que crecer «y» para que los ingresos fiscales lleguen a «x», de forma que el déficit público me queda más o menos presentable, que no sea un escándalo por el que me puedan llamar al orden en Bruselas. Ese parece ser el truco que se esconde tras la estimación de un crecimiento del PIB del 7%, a todas luces exagerado. Se sobreestiman los ingresos y se subestiman los gastos, y de este modo nos salen unas cuentas la

mar de chulas, que andando el año se darán de bruces con la realidad, pero eso a nuestro Pedrito, experto en solventar el problema de hoy y mañana Dios dirá, le importa poco. Como no podría ser de otro modo con este Ejecutivo, el gasto estructural se dispara: suben pensiones, salarios de funcionarios (el señorito cobrará el año que viene más de 86.000 euros), la oferta pública de empleo (aumentar la nómina de gente que nos deba los garbanzos), la dependencia... Y todo ello en una economía con un déficit estructural del 5% del PIB, una deuda que no deja de crecer y un Gobierno hostil a la actividad empresarial (subida del impuesto de Sociedades, hachazo a los planes de pensiones y fiscalidad creciente para unas clases medias trabajadoras cada día más depauperadas: más de 100.000 millones espera recaudar Marisú en 2022 por IRPF).

Naturalmente, para atender un gasto público de récord (nada menos que 196.142 millones, gasto no financiero), la señora Montero incorpora una partida de hasta 27.633 millones de los fondos europeos



Next Generation que el Gobierno da por seguro que va a recibir sí o sí, a pesar de que sigue sin dar respuesta a las exigencias de la Comisión en temas tan vitales como la reforma de las pensiones o la laboral, y no me refiero a esa clase de reformas que quiere la eternamente Yolanda, sino las que

se supone que apadrina un club a quien se le sigue imaginando defensor de la libre empresa y la economía de mercado. Unos PGE cuyo voluntarismo es tan claro, su provisionalidad tan obvia, su lógica política tan evidente, que solo se entienden en clave de convocatoria electoral más o menos inmediata. En todo caso no estamos ante unos PGE expansivos, que desde luego que sí, sino ante unos cálculos voluntaristas elaborados sobre bases político-ideológicas reñidas con cualquier ortodoxia presupuestaria y cuyo primer mandamiento es dar satisfacción a las reclamaciones de los socios que sostienen a Sánchez por la peana del poder.

¿Cuál es la función de los socios de Sánchez? «Porsupuesto» sostener a Sánchez. Y Sánchez a cambio, les da satisfacción quitando el dinero a unos y dándoselo a otros, mayormente a los citados. ¿Un presidente del Gobierno que prevarica? Si no lo hace, se le parece mucho. Resta inversiones a Madrid (también a Andalucía) porque Madrid ha demostrado que le quiere poco, y en injusta recompensa Su Sanchidad le castiga a la hora del reparto de los dineros públicos (la inversión destinada a Cataluña supone el 18,5% del total, por solo el 8,9% a Madrid a pesar de que aporta el 19% del PIB nacional) y se lo entrega a Cataluña, bueno, aclaremos, no se lo entrega a Cataluña, no, porque si ese dinero fuera para los catalanes en su conjunto la cosa podría ser incluso aceptable: se lo entrega a la tropa separatista (1.452.103 votos en las últimas autonómicas, o el 25,8% del censo electoral y el 18,7% de la población

catalana –7.780.479 personas según el último censo–), para que pueda seguir viviendo a cuerpo de rey con cargo al dinero del contribuyente y gobernando de espaldas a la mayoría de los catalanes, para que puedan seguir manteniendo medios de comunicación como TV3, seguir abriendo embajadas en las que colocar connilitones, seguir persiguiendo al español, seguir ampliando la nómina de funcionarios a quienes se supone fieles a la hora de emitir su voto y así sucesivamente. Para consolidar al frente de la Generalidad, en suma, a una elite reaccionaria y xenófoba que se ha hecho con el poder en lo más parecido a una mafia que existe en toda la Unión Europea.

Solo con cerrar el grifo del dinero del que los profesionales del separatismo disponen para vivir a nuestra costa sería suficiente para reducir el fenómeno a las dimensiones naturales de esa «conllevarza» de que hablaba Ortega. No haría falta ningún 155. El tiempo ha demostrado hasta la saciedad que «esto» no se arregla dándoles más dinero, sino aplicando la ley y quitándoselo, de modo que la condición de separatista, el derecho a ser separatista, una opción perfectamente legal en democracia, supusiera un sacrificio para sus ofician-

tes, les costara un dinero, fuese una prueba de virtud y confianza en la suprema causa. Separatistas, sí, pero con su dinero. Es una estrategia que no se ha ensayado nunca en Madrid, donde siguen tratando de aplicar paños calientes a quien va sobrado de calorías. De donde se infiere que primar a los socios de la banda de Sánchez es seguir echando leña al incendio nacionalista. Y es, además, dinero tirado a la basura, que únicamente sirve para apalancar en el poder y sus sinecuras a la elite citada y a la interminable saga de familia, amigos y conocidos, porque la Cataluña real sigue



empobreciéndose a marchas forzadas, como estos días ha vuelto a quedar de manifiesto.

El separatismo catalán, dividido y debilitado en extremo sigue, sin embargo, jugando un partido sin equipo contrario en frente, porque el Gobierno central no ha hecho acto de presencia sobre el terreno de juego. Peor aún, porque el supuesto delantero centro de ese equipo ha decidido enfundarse la camiseta separata. Sánchez juega el mismo partido que ERC, y no resulta aventurado afirmar que al final de la legislatura del Estado no quedará en Cataluña ni las rasas. Ambas partes están condenadas a entenderse. Y a sostenerse. La debilidad del presidente es tan obvia que cuando Aitor Esteban le conmina en el Congreso a hacer algo para contener los precios de la energía, lo hace recordándole que «está en juego el futuro de la economía pero también el futuro de su propio Gobierno». La posición del titular de Moncloa es tan débil que cualquiera se atreve a amenazarle y a recordarle su triste condición de prisionero de la peor España. Tan frágil, que necesita apuntalar su deteriora-

do ego con un Congreso de fieles sumisos prestos al aplauso, al que ayer Felipe González puso imprescindible contrapunto: «El deber del PSOE es proteger los cimientos que sostienen la convivencia y esos cimientos son el cumplimiento de la legalidad y la Constitución». Lo que equivale a decir que este PSOE no está en el cumplimiento de la legalidad y en la Constitución.

Son estos, pues, los Presupuestos de Sánchez para apuntalar a Sánchez con el



dinero del contribuyente. Unas cuentas que no servirán para propiciar un crecimiento de la economía sólido y sostenido tras la superación de la pandemia. Seguimos viviendo de la caridad del BCE, en un horizonte global mucho más complicado y amenazante.

«La piedra angular de los PGE es el gasto de los hogares», escribía aquí Juan Delgado este jueves, pero las familias guardan sus ahorros y frenan el gasto, temerosas de un futuro que se presenta lleno de incógnitas. Amenazas económicas (precios de la energía e inflación) y grave incertidumbre política. La crisis del petróleo del 73/74 se llevó por delante no pocas certidumbres, pero alumbró personajes de la dimensión de Reagan o de Thatcher, gente que, con sus errores a costas, logró recuperar el pulso de Occidente y acabar con la Unión Soviética y la Guerra Fría. La crisis energética actual, que no tiene visos de ser coyuntural, nos pilla exangües por la resaca de la financiera de 2008 y la devastación de la epidemia del Covid. Lo peor, con todo, apunta a esa enorme orfandad de ideas y proyectos, en todo Occidente y particularmente en Europa, que se palpa en derredor y que nos impide intuir siquiera un porvenir aceptable. ¡Estamos como para gastar!

* * *

Colón

Sertorio (*El Manifiesto*)

Hasta mediados del siglo XX, a Colón se le consideraba el símbolo de la civilización europea, el hombre que por su iniciativa, su espíritu de aventura, su saber humanista, su misticismo de cruzado y su erudición geográfica había conseguido ensanchar el mundo, descubrir un nuevo continente y disipar unos miedos irracionales al Océano Tenebroso que venían seguramente del tiempo de los fenicios. Colón era el progreso, la ciencia, la autonomía de la razón, la fuerza del individuo excepcional que se impone a su sociedad. Países, ciudades, regiones, calles y colegios llevaron su nombre. Aquel genovés medio visionario y medio negociante representaba los que se consideraban los mejores valores del hombre occidental: echarse al mar en pos de un anhelo y arriesgar la vida en ello.

Tuvieron que llegar los señoritos rojos de las universidades americanas, herederos y beneficiarios directos de la obra de Colón, para renegar de su padre, escupir sobre su tumba y alentar a los salvajes que hoy le infaman, le maldicen y le insultan. Como pasa con el pescado, las civilizaciones se pudren por la cabeza.

El que hasta hace nada era el símbolo por excelencia, junto con Newton y Leonardo, de la progresista civilización de Occidente hoy es un apestado cuya memoria exorciza la peor escoria del planeta. Que el presidente títere de los Estados Unidos pida perdón por los crímenes de los exploradores «europeos» puede entenderse: es puro cálculo electoral de un partido que se sustenta en la dictadura de las minorías y que es el enemigo declarado de la clase media blanca. No hace sino proclamar oficialmente la maldad ontológica que el progresismo actual atribuye al hombre europeo y cristiano, elemento a extinguir en el mundo feliz que nos prepara la oligarquía multicultural.



La tiranía del melting pot, ese guisote sin sabor, sin olor y sin nutrientes, excluye todo lo que tenga que ver con la herencia europea. Los Estados Unidos, y tras ellos el resto de América, inician una deriva que los llevará de vuelta a los teocallis aztecas. Ya están en ello con todos los siniestros rituales de la cultura de la muerte que financian, aprueban, fomentan y ejecutan los plutócratas maltusianos a través de sus agentes de la izquierda caviar. Que, en los últimos años, la tiranía caníbal y totalitaria de los aztecas se haya convertido en el modelo ideal de gobierno, en la utopía de las izquierdas burguesas, tiene mucho que ver con ese espíritu que anima a las agendas de la ONU y de los multimillonarios que la han comprado.

El odio del jesuita Bergoglio

Hasta ahí podemos indignarnos, pero no asombrarnos. El odio a nuestra civilización nació en la misma Europa con Rousseau, Raynal y Bernardin de Saint-Pierre, y ha seguido con Bakunin, Foucault y todos los delirios del hembrismo, la superstición de género y el revival imbécil del Buen Salvaje. Es lógico que a Occidente –aprisionado por el poder de una plutocracia inmigracionista, que necesita importar mano de obra barata por millones a Europa– se le implante un sentimiento de culpa, primero, y de odio, después, hacia algo que ya ha condenado a desaparecer la élite mundial: a nosotros y a nuestra herencia. Respecto a Europa y su cultura, la plutocracia planetaria es claramente extincionista, porque los europeos somos caros, conflictivos y todavía nos queda una conciencia, cada vez más desdibujada, de ser miembros de naciones que se autodeterminan con la soberanía, palabra maldita en el escenario mundial, tanto o más que procrear, Dios, patria, alma, paternidad, familia, identidad o tradición.

Lo que, sin embargo, desconcierta al observador de este aquelarre terminal de la civilización europea es la actitud del jesuita Bergoglio hacia estos fenómenos, la cual llega al extremo de condenar a aquellos hombres gracias a los cuales América es el principal vivero del catolicismo.

El transeúnte de la Cátedra de San Pedro se ha pasado a las filas de los adoradores de Huitzilopochtli y Mammón con mitra, estola, báculo y dalmática. Cualquier día lo veremos en lo alto de un altar neozteca, vestido de pontifical y bendiciendo en nahuatl el sacrificio de cautivos europeos mientras reparte hisopazos de agua bendita a los adoradores de la Serpiente Emplumada. No se me ocurre mejor remate para el ecumenismo conciliar. Bromas aparte, cuando el jefe del tinglado romano reniega de los conquistadores, evangelizadores y misioneros españoles, cuando nombra a la Virgen de Guadalupe (cuya advocación sola se alaba) como símbolo indígena, cuando



condena a fray Juan de Zumárraga, a Fray Toribio Motolinía y a los soldados, virreyes y monarcas que no dudaron en sacrificar sus propios intereses, vidas y fortunas para propagar la devoción hacia esa y otras vírgenes de nombres españolísimos; cuando todo ello sucede, los que todavía conocemos algo de nuestra historia sólo podemos darle la espalda al hispanofóbico holding pontificio, no

volver a pisar una iglesia y no poner la equis en esa casilla de la declaración de Hacienda que tanto valoran los curas rojos, independentistas e indigenistas de nuestras diócesis. Roma ya le ha chupado demasiada sangre y demasiado oro a España. Yo hace un par de años que no la pongo, desde que, con el nihil obstat de la Conferencia Episcopal «Española», se profanó la tumba del Caudillo que les salvó las vidas y les restauró los templos. Caiga la equis donde caiga, el dinero que el fisco me roba irá a parar a la izquierda.

¿Por qué Roma reniega de España y de su obra? En primer lugar, no hay que olvidar la evidente ojeriza personal que Bergoglio le tiene a España, vieja tradición entre los inquilinos del Vaticano, aunque los dos pontificados previos a esto que hay ahora habían sido todo lo contrario. A los que tengan cierta edad les sonarán las simpatías etarras de la Curia en tiempos de Pablo VI. Ni para qué hablar de la amenaza de excomunión con que fueron obsequiados los muy católicos y devotos Carlos V y Felipe II, a quienes los saduceos romanos deben la mayor parte de su actual clientela. No podemos pasar por alto que la Hija Primogénita de la Iglesia es Francia, prolífica guillotadora de curas, pionera de laicismo militante y ahora parte de Dar al Islam. España es la hija no querida, la segundona que trae dinero a casa y nunca protesta; la resignada chacha para to-do que friega, lava y limpia la mansión de la madrastra, como la Cenicienta de antes, la de verdad. Pero, además,

Bergoglio es jesuita, forma parte de una orden que ha convertido a Cristo en un Marx de catequesis, en un Che Guevara de sacristía, en un cuate de Maduro, en un miembro más del Comité Central del bolivarismo militante. Los jesuitas son la punta de lanza del marxismo indigenista en el continente americano y, por lo tanto, enemigos de todo lo que representa la obra de España, de la que la propia Compañía de Jesús es hija. Como ya vio con meridiana



claridad Dostoievskii hace más de un siglo, catolicismo y socialismo están llamados a converger, a unirse, en un proyecto teocrático común, en una vuelta a las reducciones jesuíticas del Paraguay, modelo de toda utopía colectivista indígena. Ese es el rumbo que sigue la iglesia en la antigua América hispana, el que le permitirá regir a las masas con la ayuda de las izquierdas indigenistas

a las que legitima.

Por el origen de la mayoría de sus fieles, por la evidente apostasía e islamización de Europa Occidental, por los intereses geopolíticos que la ayudarán a seguir siendo un poder mundial, lo que siempre fue desde la reforma gregoriana, Roma necesita desprenderse de su origen europeo, algo que parece imposible dados los duros hechos geográficos e históricos, pero que el mandato de Bergoglio está logrando. La deserción de Roma nos deja huérfanos. El poder espiritual que contribuyó a la edificación de Occidente se ha pasado al enemigo. Es como si Pío V se hubiese aliado en Lepanto a los turcos o como si Urbano VI hubiera combatido a los cruzados. Roma nos abandona inermes ante una crisis que puede llevar al final de la civilización europea. Final que ella bendice. Recordemos que todos los que han tratado de evitar la deriva extincionista de Bruselas o de la ONU han sido condenados por Roma y sus obispos.

En una cosa tienen razón los mandamases de la élite, con o sin mitra: ni Colón, ni Cortés, ni Elcano, ni Orellana son héroes para nuestro tiempo. Ni los merecemos ni estamos a su altura. Mal acabará una civilización que escupe sobre la tumba de sus héroes. Se lo merece.

* * *